

In memoriam

Jaime Vándor

Un hombre bueno y justo

El pasado día 19 me encontraba a las 4 de la tarde frente a la Sinagoga de la calle Dohány, en el centro de Budapest. Se estaba celebrando el 70 Aniversario del comienzo del Holocausto judío húngaro, que empezó con la entrada de las tropas de la Alemania nazi en Budapest, el 19 de marzo de 1944. A las 7 de la mañana de aquel fatídico día comenzó a sellarse el destino de cientos de miles de ciudadanos húngaros que, por el hecho de ser judíos, perecerían en los campos de exterminio nazis o a manos de las bandas asesinas de las «cruces flechadas» húngaras—los temidos «nyilas»—.

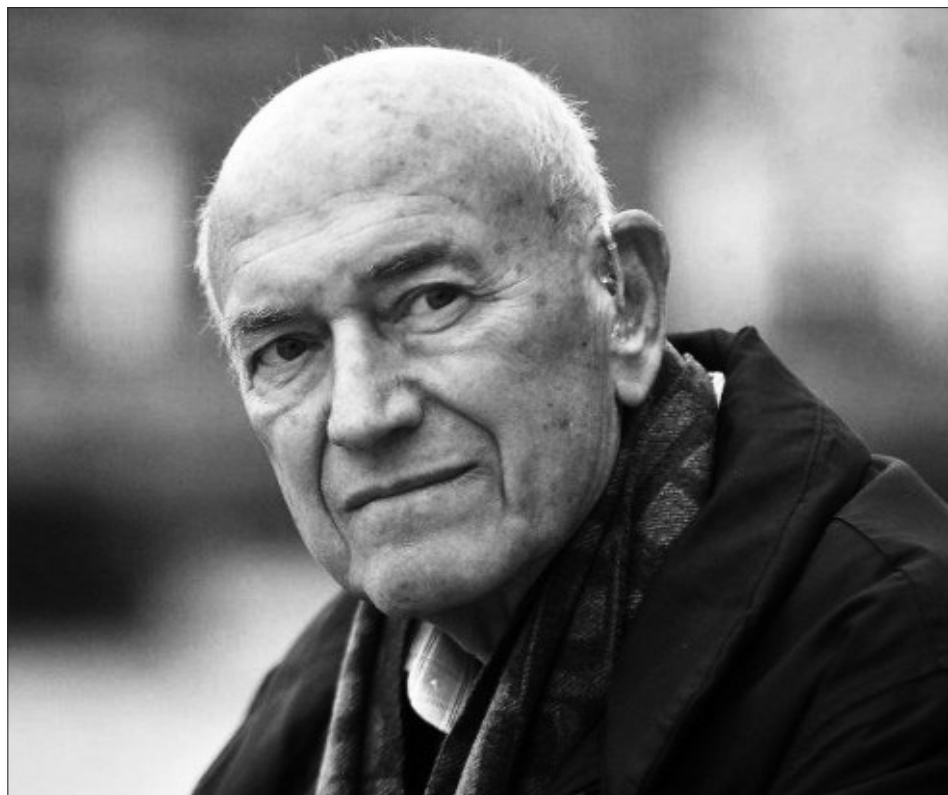
Mientras escuchaba los discursos del presidente y del director de la Asociación de la Comunidad Judía en Hungría (Mazsihisz), Andrés Heisler y Zoltai Gusztáv; del historiador Dr. László Karsai, y del actor András Bálint,

estaba recordando a Jaime Vándor, fallecido dos días antes en Barcelona, y uno de los pocos niños judíos húngaros que sobrevivieron a la barbarie nazi, refugiado junto a su madre y sus hermanos en una casa protegida por España, en la calle Szent István Park número 35 de Budapest. Tenía sólo 11 años y fue gracias a la valentía, profesionalidad y luminosa conciencia del entonces Encargado de

SUPERVIVIENTE
Se libró de la barbarie nazi en una casa protegida por España en Budapest

Negocios de España en Hungría, Ángel Sanz Briz, que Jaime Vándor logró, junto con otros cientos de familias judías, salvar sus vidas, en el caso de la familia Vándor, comenzar otra

nueva en España a partir de 1947. Como embajador de España en Hungría, y actual ocupante de la casa que el Estado español adquirió en la calle Eötvös número 13, hace casi 100 años, me sentí espe-



Vándor pudo comenzar una nueva vida en nuestro país a partir de 1947

cialmente emocionado al conocer la noticia del fallecimiento de Jaime Vándor. No llegué a tener trato personal con él, pero viviendo en esta hermosa ciudad, habitando en una casa en la que sucedieron tantas peripecias, donde se fraguaron tantas esperanzas y recorriendo sus calles, no dejo de estremecerme a menudo con el recuerdo del sufrimiento de los

judíos húngaros a lo largo de aquellos espantosos 10 meses. En enero de 1945 entraban las tropas soviéticas en el centro de Budapest. Lo que pasó después y el telón que pesadamente cayó en esta parte de Europa Central durante los 40 años posteriores forma parte de otra historia que aún hoy está por contar.

El pasado lunes 24 de marzo, a

las 4 de la tarde, acudí al muelle József Antall, «el muelle de los zapatos», frente al Danubio, para rendir de nuevo homenaje a las víctimas del Holocausto y elevé mi sencilla plegaria, mirando al cielo azul de Budapest, por Jaime Vándor. Un hombre bueno y justo.

Enrique PASTOR DE GANA
Embajador de España en Budapest

Rafael Alfaro (84) / Sacerdote y poeta

Exponente de la Generación del 50

Sacerdote salesiano, poeta y periodista, el conquense Rafael Alfaro (El Cañavate, 1930) falleció el domingo en Granada a los 84 años. Ordenado sacerdote en 1957, fue enviado por su congregación religiosa a Centroamérica; allí permaneció once años. A su regreso a España, fue director del «Boletín Salesiano» y de la Editorial CCS; pero la creación poética fue su principal dedicación.

Con más de una veintena de poemarios, muchos de ellos galardonados con importantes premios, era uno de los mejores poetas de la llamada generación o promoción del 50 que, si no aparece citado entre ellos, es debido a que en España la crítica literaria suele ser bastante cicatera para con los escritores creyentes, religiosos.

El poemario «Hora de la tarde» de Alfaro está dedicado a dos sacerdotes ya fallecidos de su generación, José Luis Martín Descalzo y su paisano Carlos de la Rica. Sería larga la relación de sus libros, pero basta remitir a dos amplias antolo-

gías tuyas: una, «Escondida senda» (Cultura Hispánica, 1986), de los ocho primeros poemarios, y otra, «Mi fe de vida» (Calima Ediciones, 2008), de los doce restantes.

Más allá del religioso

Manifesté varias veces en público que, de todos nosotros, los sacerdotes poetas o los poetas sacerdotes, el mejor era Rafael Alfaro. Es obligado hablar de la altura de su lírica: por la solidez de sus contenidos y por la gran perfección formal en los metros, los ritmos y las rimas. Sus versos se pueden leer perfectamente fuera de una clave estrictamente religiosa y siempre nos encontraremos con un poeta de altos vuelos.

Su libro «Hora de la tarde», galardonado con el Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística de 2008, tiene un título evocador del final de la jornada que vive el hombre en este mundo.

Sus versos están cargados de alusiones, citas implícitas, más menos veladas, evocaciones, insi-



Rafael Alfaro

nuaciones no más, resonancias, recreaciones; era un maestro de la intertextualidad con la que conseguía dar eficacia conceptual y fuerza lírica al poema. La fuerza expresiva de los versos de Alfaro

viene en ocasiones de la mano de eficaces paradojas. Y es que sus poemas cantan los problemas existenciales con voz queda, suave y sosegada, pese a utilizar imágenes de trazos expresionistas; aunque no tan acentuadamente como en poemarios anteriores, Alfaro traía en sus últimos libros un canto aparentemente sobrio y sin complicaciones, que, no obstante, llevaba dentro la inquietud de la noche oscura que precede a ese impulso vital de la esperanza cristiana; así el breve poema «Amargo zumo».

Misteriosamente intimista

Una de las cualidades de este poeta salesiano reside en el modo de trascender la realidad hasta hacer una poesía misteriosamente intimista, quizá mejor íntima, con muchos quilates de sentimiento, un canto sugerente, casi a media voz, que se hace confidencia religiosa, mística. Predomina la contemplación lírica que, por medio de logradas imágenes lleva a la reflexión de la transitoriedad de la vida y de las cosas de este mundo, con un tono elegíaco que atisba, sin embargo, horizontes de luz, el paraíso.

En 2008 titulé mi comentario sobre la poesía de Rafael Alfaro en la revista «Razón y fe» con unos términos que destacaban lo que considero dos características fundamentales: densidad y belleza. Unos meses después de la aparición de aquel artículo me escribía agrdecido: «Eres el mejor conocedor de mi poesía», y añadía que ese trabajo «sirvió mucho para despertar el aprecio ante mis hermanos salesianos y ante el rector mayor, que me escribió para felicitarme».

Así era Rafael Alfaro. Hombre sencillo, cercano y piadoso, se autorretrató en el poema «Plegaria última», del libro «Hora de la tarde»: «Al final de una noche ya cansada, encomiendo mi espíritu a tus manos. (...) Abre tus manos y recógeme. Señor, creo en tus manos invisibles, en las que me abandono. Sé que no soy una flor, ni una paloma, ni siquiera una sonrisa. Mas soy tuyo».

* Rafael Alfaro Alfaro nació el 6 de febrero de 1930 en El Cañavate (Cuenca) y murió el 23 de marzo de 2014 en Granada.

Miguel de SANTIAGO